



# LECTIO DIVINA

Ciclo A

TIEMPO ORDINARIO

## DOMINGO 24º



*Carlos Pabón Cárdenas, CJM.*



**PARROQUIA SANTA MÓNICA**  
**PADRES EUDISTAS**  
Cali - Colombia





***Tenemos a un Dios que perdona***  
***«... Hasta setenta veces siete»***

**AMBIENTACIÓN:**

La vida que llevamos con los demás nos enfrenta en ocasiones ante la ofensa, y con ella ante la posibilidad de la venganza o del perdón. A veces recibimos la ofensa, y a veces somos nosotros los ofensores. Tenemos que descubrir cuál es la voluntad de Dios en este caso. Somos discípulos del Señor Jesús, continuamos sus sentimientos y sus acciones, y podemos preguntarnos qué consigna nos dio en este punto, y también qué ejemplo nos brindó.

El tema central de la liturgia de hoy es la *misericordia* y el *perdón*.

**1. INVOCACIÓN al Espíritu Santo**

Espíritu Santo, ven.  
Te invocamos ahora,  
para que aceptes nuestra plegaria.  
Ilumina nuestra mente,  
nuestro corazón y nuestra voluntad,  
para que podamos comprender,  
aceptar y vivir la Palabra de Dios.  
Llena con tu santo poder  
a todos los que nos acercamos  
a escuchar la Palabra  
para que, guiados por ella,  
nos encontremos con Jesucristo vivo  
para gloria del Padre.

Amén.

**1. INVOCACIÓN al Espíritu Santo**

**Sir. 27,30 - 28,7:** *«Perdona la ofensa de tu prójimo y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas»*

Un sabio de finales del Antiguo Testamento, con detalles, enseñaba a sus discípulos la lógica divina del perdón. Lo dañino del odio y de la venganza. La necesidad de ser coherentes cuando oramos para que allí tenga cabida el perdón. Abunda en razones para llegar a él. Pero cuando Cristo, con su palabra y con su vida, nos enseña el perdón, lo lleva a su máxima expresión y a su más alta motivación.

Otra consideración muy convincente nos hace el Sabio: Si nosotros somos tan mezquinos que negamos el perdón a un hermano, ¿cómo nos atreveremos a pedir gracia alguna a Dios? (vv. 3-5). Por donde se ve que los actos y las actitudes de





religión no son gratos a Dios, ni oración alguna puede ser por El acogida, si proceden de un corazón que guarda rencor a un hermano,

Por fin, el Sabio recomienda tengamos siempre presente *tres recuerdos*: a) «**Acuérdate** de tus postrimerías y deja ya de odiar» (v. 5). Quien piensa en el juicio que le espera tras la muerte, es generoso en perdonar, b) «**Acuérdate** de los mandamientos y no tengas rencor a tu prójimo» (v. 7a). En la Ley se decía muy claramente: «No odies en tu corazón a tu hermano. No te vengues ni guardes rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Yahvé» (Lv. 19, 17). c) «**Acuérdate** de la Alianza del Altísimo y olvida toda ofensa» (v. 7b). El Señor Altísimo ha hecho Alianza con los hombres pecadores; ¿rehusaremos nosotros hacerla con nuestros prójimos? Jesús ilumina también y refuerza este argumento: «Amen a sus enemigos. Así serán hijos de su Padre celestial, el cual hace salir el sol sobre buenos y sobre malos, y hace llover sobre justos y malvados» (Mt. 5, 45).

### **Sal. 103(102): «El Señor es compasivo y misericordioso»**

Este salmo describe con entusiasmo la bondad y la misericordia infinita de Dios: «el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia». Y sigue retratando la actitud bondadosa de Dios: «él perdona todas tus culpas... te colma de gracia y de ternura... no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo...». Quien sepa perdonar, se encontrará con un Dios «compasivo y misericordioso», lento a la cólera y rico en clemencia. Imitando esta actitud suya para con los que nos han ofendido, nos dirigimos confiados a El.

### **Ro. 14,7-9: «En la vida y en la muerte somos del Señor»**

Hoy leemos por última vez la carta de Pablo a los Romanos, que nos ha acompañado durante dieciséis domingos. En el pasaje de hoy, Pablo quiere que sus lectores sepan *distinguir entre lo que es importante y lo que no*. Lo principal es **nuestra unión con Cristo Jesús**. Todo lo demás es relativo.

En Roma, entre los neófitos queda amenazada la convivencia, la paz y la unidad. Los convertidos al cristianismo procedían del **judaísmo** y de la **gentilidad**. Corrían el peligro de formar dos grupos debido a las diferencias de **mentalidad**, de **costumbres** y de **leyes** en que antes habían vivido. Pablo intenta zanjar toda esta problemática que podría menoscabar la caridad: Proceda cada uno según su conciencia recta y segura. Y respeten todos las decisiones de la conciencia de otro hermano (w 5-6).

En el seguir opiniones y convicciones de la propia conciencia atiendan todos a los prójimos con quienes conviven. Si algo puede escandalizar a un hermano yo debo abstenerme de hacerlo, aunque mi conciencia me lo permita (w. 1. 15). La **caridad**, por tanto, regula la libertad. San Pablo en la carta a los romanos nos da la razón para la **exigencia cristiana del perdón**: nuestra **solidaridad completa con Cristo** en su vida y en su muerte. Lo que Jesús hace debe darse en nuestra vida. El quiere seguir perdonando al mundo en nosotros y a través de nosotros.





Y sobre todo, todo su proceder debe estar inspirado por el amor de Cristo: «Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; si morimos, para el Señor morimos» (vv. 7-8). Para Pablo es incuestionable que el amor a Cristo debe ser ley suprema de nuestra vida y de nuestra conducta. Y de modo especial de nuestras relaciones con el prójimo. Una vida consagrada a Cristo es siempre una vida entregada al amor de los hermanos.

**Mt. 18, 21-35:** *«No te digo que le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete»*

**EVANGELIO DE JESUCRISTO  
SEGÚN SAN MATEO**

**R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.**

<sup>21</sup> Pedro se acercó entonces y le dijo: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» <sup>22</sup> Dícele Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.»

<sup>23</sup> «Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. <sup>24</sup> Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. <sup>25</sup> Como no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. <sup>26</sup> Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: `Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré.' <sup>27</sup> Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó ir y le perdonó la deuda. <sup>28</sup> Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: `Paga lo que debes.' <sup>29</sup> Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: `Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré.' <sup>30</sup> Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. <sup>31</sup> Al ver sus compañeros lo ocurrido, se entristecieron mucho, y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. <sup>32</sup> Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: `Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. <sup>33</sup> ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?' <sup>34</sup> Y encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. <sup>35</sup> Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano».

**Palabra del Señor.**

**R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.**





## RE-LEAMOS EL TEXTO PARA INTERIORIZARLO

Un momento de silencio orante para que la Palabra de Dios pueda entrar en nosotros e iluminar nuestra vida.

**a) Contexto:** Mt. 18, 1-14.15-20. [21-35] = «Sermón comunitario»

Continuación del evangelio del Domingo pasado (cfr. Mt. 18, 15-20), la perícopa de este Domingo 24º es el final de todo el **Sermón comunitario** o **eclesial** (Mt. 18). Después comienza de nuevo una larga sección narrativa (Mt. 19-22), con diversos temas que culminan con la entrada de Jesús en Jerusalén (Mt. 21,1)

**b) El texto:**

El texto consta de las **dos últimas perícopas del capítulo 18**:

> La primera es una breve perícopa que nos enseña el perdón sin límites (vv. 21-22).

> La segunda perícopa, la **parábola del siervo sin entrañas**, está relacionada con la precedente gracias al v. 35 («perdonar», «hermano»). Está narrada con precisión y maestría. El prólogo (v. 23) funciona a modo de título; la conclusión (v. 35) es el corolario, la enseñanza que se desprende del relato.

En medio, **tres escenas** con distintos escenarios y protagonistas:

- vv. 24-27: el diálogo entre el rey y su siervo;
- vv. 28-30: el diálogo entre el siervo y su colega
- vv. 31-35: el diálogo final entre el rey y su siervo.

La unidad del texto se basa en las continuas repeticiones de palabras.

**c) Comentario del texto:**

**v. 21:** La pregunta de Pedro: ¿**Cuántas veces** perdonar?

Parte de una pregunta de Pedro a Jesús. Es la pregunta que por su medio todos hacemos hoy al Señor. *Si me hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarle? ¿Hasta siete veces?* En este lenguaje el «**hermano**» es todo aquel que cruza nuestro camino, conocido o desconocido, dentro de la Iglesia y también fuera de ella. En la familia, en el trabajo, en cualquier comunidad humana y dentro de esa gran familia de los hombres en la que Dios nos quiere hermanos, y en la que él mismo, por la encarnación, ha querido hacerse hermano. Y esto sin límites. «Siete veces» (en el contexto y mente de Pedro) *significa «muchas veces»... Supone un límite...*





**v. 22:** La respuesta de Jesús: ¡**Setenta veces siete!**

«*Setenta veces siete*» significa «**siempre y por siempre**»: el corazón amplio de Dios no conoce fronteras. Ellas son establecidas por nuestro corazón pequeño. Jesús mira más lejos: elimina todo posible límite al perdón.

**vv. 23-26:** 1<sup>a</sup> escena de la parábola: **la situación del deudor**

Ambos, Jesús y Pedro usan el sentido no matemático sino figurado del número **siete**, corriente en su medio. Y, para aclarar la respuesta dada a Pedro, Jesús, según su admirable pedagogía, acude a una comparación: nos enseña cómo debemos perdonarnos mutuamente las ofensas: Es la parábola del **¡perdón sin límite!** En ella se oponen **dos cuadros**. Un rey y un empleado, y un empleado frente a otro empleado. En el primer cuadro la relación es vertical, de arriba, el rey, hacia abajo, el empleado. En el segundo la relación es horizontal: dos que están en el mismo nivel, empleados ambos. Cuánta diferencia en lo que pasa en cada situación. En la primera una deuda inmensa, impagable. En la segunda una minucia. El rey, generoso en extremo, perdona la deuda. El empleado, mezquino, no perdona sino que denuncia y castiga.

Primariamente la parábola va dirigida a Pedro (v. 21) y a los Apóstoles y sus sucesores (v. 18), en cuyas manos Cristo ha puesto el poder de perdonar los pecados. Pedro se inclinaría a ejercer esta facultad a medida humana (v. 21). Cristo quiere que la ejerciten a medida divina (v. 22).

**Primera escena:** un rey que reclama sus derechos y un deudor insolvente ante la magnitud de su deuda. Se oye la decisión severa del rey y la súplica humilde del siervo deudor. ¿Quién vence? No la dureza del rey sino su capacidad ilimitada de amor y compasión. Perdona, sin ninguna contraprestación, toda aquella desmesurada deuda.

¿Quién es el rey? Evidentemente Dios. ¿Quiénes los empleados? Nosotros todos. ¿Y la deuda impagable para nuestras capacidades de criaturas? Nuestros pecados, nuestras desobediencias y desaires para con el amor que Dios nos tiene siempre (cfr. **Sal. 49,8-9**) Estamos comprometidos con él en un proyecto de salvación que cubre el tiempo y el mundo. No podemos esquivar ese compromiso. Tenemos una tarea para llenar y la descuidamos o nos oponemos a ella. Y el Padre Dios, que conoce nuestros límites y egoísmos, nos perdona siempre que acudimos a él y le decimos: *Padre, perdóname, perdónanos...* Y nos demuestra que nos ama perdonándonos, y aún más, cree en nosotros y nos mantiene en el oficio que tenemos en su proyecto salvador sobre el mundo.

**vv. 27-30:** 2<sup>a</sup> escena de la parábola: el gran contraste

**Segunda escena:** este siervo perdonado reclama a un compañero, siervo como él, una deuda pequeña, insignificante frente a la otra. Se oye el **reclamo** del siervo acreedor y la **súplica humilde** del siervo deudor. Usa las mismas palabras que dijo





antes el que debía la deuda inmensa. ¿Quién vence? El egoísmo y la dureza sin entrañas del siervo que reclama. No atiende la súplica. No perdona, no ama.

El siervo perdonado no quiere perdonar, ni siquiera ante la insistencia del deudor. Trata al compañero como el rey debería haber obrado con él y no lo hizo: ordenó que fuese metido en la cárcel hasta que pagara los 30 gramos de oro. El contraste habla por sí solo, no hay necesidad de comentarios.

¿Y quiénes son los empleados que se querellan entre sí? Todos nosotros, hombres y mujeres, en nuestro caminar. Nos olvidamos de la hermandad que nos une y nos convertimos en enemigos y adversarios. Ignoramos que estamos empeñados en la misma causa: la salvación del mundo. Que lo que nos une es más que lo que nos opone. Y de una minucia en la vida, de un estorbo cualquiera, hacemos una trinchera para combatir al hermano.

**vv. 31-35:** 3ª escena de la parábola: moral de la historia

**Tercera escena:** la comunidad se duele de lo acontecido y habla al rey. Este llama al siervo perdonado y le reprocha no haber obrado como él con su compañero. Y le dice la palabra clave: *Te perdoné semejante deuda simplemente porque me lo pediste*. Perdón inmenso y gratuito. Pero todo no para allí. El siervo duro e incomprensivo sale de la presencia del rey y **sigue con el peso de su deuda**. No ha encontrado ni la paz ni el camino. Una leve esperanza lo habita: *Hasta que pague toda la deuda*. Sólo cuando aprenda que el amor generoso y sin medida es capaz de cambiar el corazón podrá encontrar sosiego.

La parábola quiere también curar la mezquindad y egoísmo de nuestros corazones. A todos nos parece muy oportuno que Dios nos perdone nuestras inmensas e insalvables deudas (Diez mil talentos = muchos millones de pesos = deuda insalvable); pero no somos capaces de perdonar a un hermano una insignificante ofensa que de él hayamos recibido (100 denarios = 100 pesos.). Y con esta ruindad y tacañería de corazón nos hacemos indignos de recibir el perdón de parte de Dios (v. 35).

### **3. MEDITEMOS LA PALABRA: ¿QUÉ NOS DICE el texto?**

#### **Tenemos un Dios que perdona**

Nosotros tenemos un corazón mezquino, «*lento para el perdón y siempre dispuesto al rencor y la cólera*», podríamos decir afirmando lo contrario que el salmo dice de Dios.

Dios sí tiene un corazón misericordioso y perdonador. El salmo nos lo describe como el que siempre perdona, cura, rescata, colma de felicidad, que no está siempre acusando... Valdría la pena que hoy, cada uno personalmente, leyéramos -rezáramos- este salmo 102 entero, después de la comunión o en otro momento de pausa: es un hermoso himno a la misericordia de Dios.





## ¿Cuál perdón?

La palabra perdón está de moda. Los países pobres piden el perdón de su deuda externa. En los procesos de paz se incluye el perdón y hasta el olvido. Los sicólogos aconsejan perdonar incluso en ofensas muy graves. Lo hacen por simple terapia psicológica. Mantener un rencor es guardar en el alma una brasa encendida que nos quema interiormente. Apaguémosla y botémosla, nos dicen. La ofensa no perdonada es una esclavitud que nos mantiene atados a un resentimiento.

¿Será eso lo que nos pide el Señor en el evangelio? Dios Padre no se contenta con perdonar. Colma de gracia y de amor al que él perdona. Lo enriquece. El perdón que nos pide no es sólo no tener en cuenta una ofensa, pasar la página, borrarla de la memoria. Nos pide ir más allá. Quiere que amemos al que nos ofendió, que lo tengamos en nuestro corazón, que le hagamos bien, que favorezcamos su desarrollo. Ese es el verdadero perdón.

Cristo nos dio ejemplo. Clavado en la cruz, ofendido e incomprendido por todos aquellos que había favorecido, en su primera palabra de crucificado, dijo: *Padre, perdónales, no saben lo que hacen*. Y a un ladrón perdonado le dijo de inmediato: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Y derramó su sangre por los que lo ofendían para regalarles el amor del Padre celestial, para abrir por siempre y a todos la puerta del misterio de Dios. Nos dio a María, su madre, para que sea Madre nuestra; nos dio la Eucaristía, su presencia viva entre nosotros, nos hizo sentir el amor tierno de Dios que nos perdona. Lo aprendieron los discípulos. Esteban, el primer mártir de la Iglesia, apedreado, al morir, exclamó *Señor, no les tengas en cuenta este pecado*.

Tenemos muchas ocasiones, en la vida de familia y de comunidad, en las relaciones sociales y laborales, de imitar o no esta actitud de Dios. Envidias, celos, olvidos voluntarios o no, palabras hirientes, o que a nosotros nos parecen hirientes e intencionadas, abandono en los momentos en que necesitábamos ayuda, y no digamos ya casos de «**violencia doméstica**» o «**violencia de género**», que son los más sangrientos, pero que se pueden considerar como las puntas de iceberg de otras situaciones más cotidianas también muy ingratas.

También a nosotros nos puede reprochar Jesús, como el rey al empleado intransigente: «¿no debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?».

Tendremos que superar la «*ley del talión*» (ojo por ojo y diente por diente) o la de «el que la hace, la paga». Además, a veces «perdonamos», pero no «olvidamos». Lo que quiere Dios es una «amnistía»: el perdón y el olvido. Como dice el salmo: «como dista el oriente del ocaso, así aleja Dios de nosotros nuestros delitos».

## Perdonar es una decisión

Pedro pregunta, en efecto, cuántas veces tendrá que perdonar a «mi hermano», que es la designación propia de los que compartían la misma fe en Jesús. Así, el texto quiere señalar que, si la comunidad tiene como objetivo ser el







modelo del estilo de vida que Dios quiere para todos los hombres, el espíritu de perdón mutuo tiene que ser constante, sin condiciones.

Y la dureza de la parábola que ilustra la respuesta a la pregunta de Pedro es hoy, para nosotros, un fuerte toque de atención ante el peligro de acostumbrarnos demasiado a ser cristianos y a pensar que nuestro cristianismo no nos exige más que lo que ya hacemos: ser cristianos nos exige perdonar siempre, por difícil que sea; y si no queremos dar ese perdón, Dios no nos puede admitir.

Las palabras de Jesús a Pedro y la parábola que sigue *nos muestra el perdón como esencial a la misericordia*. Dios es misericordioso porque perdona, completa e indefinidamente, y así debemos hacer lo mismo con nuestros hermanos. El mayordomo del rey de la parábola es reprobado por su actitud sin misericordia; el rey le retira su perdón y lo trata como él mismo había tratado a su compañero.

En consecuencia, Dios se relaciona con nosotros como nosotros nos relacionamos con nuestro prójimo; nuestra relación con Dios pasa a través de nuestra relación con nuestros hermanos. Jesús insiste en esto una y otra vez. En el sermón de la montaña, por ejemplo: «No juzguen, y no serán juzgados. No condenen y no serán condenados. La medida con que midan a los demás será usada para medirlos a ustedes (Mt. 7, 1-2)... «Sean misericordiosos como su Padre en el cielo es misericordioso» (Lc. 7,36)..

Perdonar es una decisión; es eliminar la venganza; es tratar de olvidar; es *reintegrar al otro en nuestra oración, nuestra ayuda, en nuestra comunión*.

### ***El que se sabe perdonado, perdona más fácilmente***

Los datos fundamentales de esta parábola se viven hoy. Son Dios con su infinita capacidad de amor y de perdón. Nosotros llamados a ser como él en lugar de nuestro egoísmo y desamor. El lenguaje común a los dos: la deuda y el perdón. La palabra deuda no sólo se mide en términos económicos. Encierra toda ofensa, todo mal causado al otro que nos hace deudores ante él.

Tenemos en la vida ocasiones múltiples de seguir esta palabra del Señor que no es simple consejo sino una urgencia nacida de lo que somos: hijos de Dios y hermanos del Señor Jesús. La posibilidad del perdón es ilimitada y no solo por razones psicológicas, (descargar el corazón de un peso intolerable), sino por razones de nuestro ser de discípulos de Cristo. Llevamos el compromiso de continuar y prolongar su vida y su acción en nosotros. Y así como él no tuvo sino palabras de perdón para quienes lo crucificaban, en el más atroz de los tormentos, así en la vida no habrá nunca prueba y ofensa que supere el amor que se encierra en el perdón. Lo vivimos en la propia experiencia pues siempre que le decimos a Dios que perdone nuestras ofensas él generosamente nos perdona simplemente porque lo pedimos con amor y dolor.

El motivo de saber perdonar a los demás no es sólo la actitud de civilización o filantropía, o el interés de tratar bien a los demás («hoy por ti y mañana por mí»). El motivo fundamental es el que ofrece Pablo a los Colosenses: «*sobrellévense*





*mutuamente y perdónense, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor les ha perdonado: hagan ustedes lo mismo» (Col. 3, 13).*

Igual que los cristianos somos unas personas «**evangelizadas**» (a las que se les ha anunciado la Buena Noticia y están imbuidas de ella) y así se sienten más invitadas a ser «**evangelizadoras**» de los demás, así también los que se saben «**perdonados**» por Dios (por ejemplo, en el sacramento de la Reconciliación) están mejor dispuestos a «perdonar» a los demás.

Todos sabemos que perdonar es difícil. No sólo cuando miramos a las grandes injusticias sociopolíticas entre los pueblos o las etnias -casos de genocidio, o de torturas masivas o de guerras totalmente injustas-, sino también en nuestra vida cotidiana, con los que tenemos más cerca en nuestra vida de familia o comunidad o trabajo. Cuando nos sentimos ofendidos, nos vienen en seguida a la mente argumentos para no perdonar tan fácilmente: motivos de justicia o de escarmiento pedagógico.

### **Escuchemoa al Papa Francisco**

*«Nos reunimos a los pies del Crucificado de Bojayá, que el 2 de mayo de 2002 presenció y sufrió la masacre de decenas de personas refugiadas en su iglesia. Esta imagen tiene un fuerte valor simbólico y espiritual. Al mirarla contemplamos no sólo lo que ocurrió aquel día, sino también tanto dolor, tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en la Colombia de los últimos decenios.*

*Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es «más Cristo» aún, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir por su pueblo y con su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseña a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor.*

*Gracias a ustedes cuatro, hermanos nuestros que quisieron compartir su testimonio, en nombre de tantos y tantos otros. ¡Cuánto bien - parece egoísta, pero - tanto bien nos hace escuchar sus historias! Estoy conmovido. Son historias de sufrimiento y amargura, pero también y, sobre todo, son historias de amor y perdón que nos hablan de vida y esperanza; de no dejar que el odio, la venganza o el dolor se apoderen de nuestro corazón» (Papa FRANCISCO: Discurso en Encuentro de Oración por la reconciliación nacional, Villavicencio - Colombia, Septiembre 8 DE 2017).*





**4. OREMOS CON LA PALABRA: ¿QUE LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?**

Dios nuestro, Padre misericordioso,  
te damos gracias por Jesucristo,  
nuestro hermano y Señor.  
Porque Él ha conocido el corazón humano,  
su dureza y su bondad,  
mejor que ninguno de los humanos.  
De su humanidad hemos aprendido  
que el ser humano no sería imagen tuya  
si suprimiera el perdón y la paciencia,  
la compasión y la ternura;  
pues sólo el que perdona las ofensas al hermano  
puede invocar el perdón de sus pecados  
y experimentar la reconciliación dentro de sí.  
Tuyos son el perdón y la espera,  
la compasión sin límites y la justicia final.  
Que la Iglesia sea signo de reconciliación y de paz  
entre los pueblos, las familias  
y los miembros de cada comunidad.  
Te encomendamos a las personas y familias  
que se encuentran enfrentadas y reñidas  
a causa de «mal entendidos» e incomprensiones,  
para que vuelvan a la paz fraternal. Amén.

**5. CONTEMPEMOS LA PALABRA Y COMPROMETÁMONOS:  
¿QUÉ NOS PIDE HACER la PALABRA?**

***Nuestro compromiso hoy:***

Sentimos hoy en el mundo en que vivimos la fuerza y la violencia que se han hecho ley en él. No somos solamente víctimas. También, en ocasiones, contribuimos a que exista conflicto y agresividad en el entorno de nuestra vida: la familia, la sociedad, y la misma Iglesia. Quizás nace esto de un querer disputarse el espacio en el mundo donde estamos. Si queremos un mundo en paz, el de nuestros sueños, tenemos que aprender a perdonar y a ser perdonados. No por simple razonamiento mezquino de vivir en tranquilidad y en salud síquica. El compromiso es mayor. Se trata de dar visibilidad a la humanidad que Cristo mismo soñó. Ante ese sueño todos nuestros intereses son pequeños y sacrificables.

Oramos a diario, muchas veces, el Padre nuestro. Digamos con claridad de corazón y con arraigado compromiso: *Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. El perdón que Dios nos dispensa va unido, como una sola realidad, con el perdón que damos o recibimos entre hermanos.





## **Escuchemos a San Agustín:**

*«Si te alegras de que se te perdone, teme el no perdonar por tu parte. Por tanto, si tu hermano peca contra ti siete veces al día y viene a decirte que se arrepiente, perdónale (Lc 17,4). No te hastíes de perdonar siempre al que se arrepiente. «Vean y oígan al Señor en persona, pensad a quién decimos cada día las palabras propias de un mendigo: perdónanos nuestras deudas (Mt 6,12). Y tú ¿sientes hastío cuando un hermano te dice continuamente: "Perdóname, estoy arrepentido»? ¿Cuántas veces dices tú eso mismo a Dios? ¿Prescindes de esa súplica cada vez que rezas la oración? ¿Acaso quieres que te diga Dios: «Mira que ayer te perdoné, durante muchos días te perdoné, cuántas veces he de perdonarte todavía?". No quieres que te diga: "Siempre vienes con las mismas palabras, siempre dices: perdónanos nuestras deudas, siempre te golpeas el pecho, y, cual hierro duro no te enderezas"» (SAN AGUSTIN, Sermón 114 A, 2.59).*

## **Relación con la Eucaristía**

Cuando celebramos la Eucaristía, la empezamos con un acto de humildad, pidiendo a Dios que nos perdone y nos purifique: entonamos el «mea culpa» y el «Señor, ten piedad». Es un buen modo de dar inicio a nuestra celebración.

En ella se nos manifiesta el perdón concedido por Dios mediante el sacrificio de Cristo y el compromiso nuestro de reconciliarnos con los demás y ser «testigos de la reconciliación de Dios con todos».

Pero, unos momentos antes de acudir a la comunión, recitamos el Padrenuestro, la oración que nos enseñó Jesús. En esta oración hay una petición «*peligrosa*», porque le decimos a Dios que nos trate como nosotros tratamos a los demás: «**perdónanos nuestras ofensas (en arameo, «deudas» equivale a «ofensas») como nosotros perdonamos a los que nos ofenden**».

## **Algunas preguntas para meditar duran te la semana**

1. Mirando en el espejo de la parábola, ¿con cuál personaje me identifico más: con el rey que quiere ajustar cuentas con sus siervos, o con el siervo perdonado que no quiere perdonar a su compañero?
2. Mirando la realidad de nuestra familia, de nuestra comunidad, de nuestra iglesia, de nuestra sociedad y de nuestro mundo, ¿hay entre nosotros un espacio para el perdón y para la reconciliación?
3. Si el hijo pródigo, al volver a casa, se hubiera encontrado con nosotros (los hermanos mayores), en vez de encontrarse con su padre, ¿hubiera terminado igual la historia?
4. ¿O actuamos como los fariseos, que se creían santos, y como el hermano mayor, que no aceptaba que se perdonase tan fácilmente a su hermano?
5. ¿Somos capaces de hacer fácil la rehabilitación de los que han faltado, como hizo Jesús con Pedro después de su gran fallo?,
6. ¿o estamos continuamente echando en cara los fallos a los demás?

*P. Carlos Pabón Cárdenas, CJM.*

